

## EL GUARDIAN DE LAS LLAVES

**Jann Huizenga**

Traducción y notas de Blanca Múgica

“Pero, signora, uno necesita turistas para tener tours” gruñó el empleado de pelo color henna de la oficina de turismo de Tirana. Así es como me encontré sola en Berat tras cuatro horas de trayecto en autobús. Estoy pateando la cuesta hasta la ciudadela medieval con una mano en un derretido helado de chocolate y la otra en la Guía Azul de Albania que llama al fuerte “uno de los grandes monumentos balcánicos”. No tengo ni idea de lo que voy a encontrar allá arriba además de viejas iglesias, pero Albania nunca deja de sorprender.

Parto de la fila de tiendas que hay a lo largo del Río Osumi. El ebanista todavía no ha aparecido para arreglar las ventanas agujereadas por las balas en los disturbios de 1997. Un leve lamento de la Mezquita de los Solteros atraviesa el aire cuando subo por el sinuoso camino de la ciudad otomana. Las apiñadas casas están primorosamente enjalbegadas con los pisos superiores sobresaliendo sobre los inferiores y con ricos detalles color marrón achocolatado – miradores con parteluz, gruesas vigas y amplios aleros de madera. Todo en feliz armonía. Los tejados de ajada terracota se curvan como una gentil ola, suavizando la empinada y rocosa parte trasera. Tras semanas en la magullada Tirana gozo con esta impoluta plaza – el placer que se siente cuando amanece un día cristalino tras largas y deprimentes lluvias.

Pero espera, me recuerdo a mí misma. Sólo un minuto. Si estas seductoras paredes pudieran hablar contarían un cuento sombrío: no hace tanto tiempo, estaban plagadas de partidarios de Hoxha; el loco escogió a sus más temibles secuaces, los *Sigurimi*, en esta encantadora ciudad.

Continúo trepando. Las lagartijas corretean por debajo. La ciudad blanca revela sus colores más de cerca: adelfas de un rosa punzante, puertas azul piscina, parras verde esmeralda con gruesas uvas maduras listas para coger. Un gato se despereza al sol. Oisqueo el aire: cilantro quizás, y cordero al romero asándose. Los Sigurimi llevaron a cabo su reinado del terror infestando el país de delatores – el vecino espiaba al vecino, la esposa al marido, el hijo al padre. Convirtieron Albania en la mayor prisión europea matando a gente como moscas, casi aplastando a mis amigos Marko, Baskkim y Soraya.

Un viejo de cara curtida como el cuero persuadía a su mula empinadas escaleras arriba, clippity...clop. Una mujer de negro iluminada por un rayo de luz se escurre por un arco de piedra y se esfuma. La serpenteante carretera pasa al lado de un kiosco con ruedas de pan plano recién horneado bajo un trapo blanco. Me paro a comprar agua a un hombre con una carreta de madera. Algo en su descarnado rostro o en su chaqueta de mangas demasiado cortas me hace elogiar su trabajoso inglés. Me recompensa con una sonrisa desdentada y se lanza a contar una historia. Un día en los 80 se encontró en una tienda con un turista que quería una manzana. El vendedor no entendía. Entonces nuestro hombre tradujo. La policía le arrestó por el crimen de ayudar a un extranjero. “Yo estaba en el ejército entonces”, dice, acabando su historia, “y mi superior me sacó de prisión. Pero nunca jamás volví a hablar inglés hasta la democracia. La vida estaba llena de trampas.”

Es una jadeante caminata hasta la ciudadela. Adelanto a hombres que acarrean sacos de patatas en sus inclinados hombros, o latas de gasolina –interminables tareas de Sísifo\*- y niños con grandes botellas de agua y caras crispadas.

El camino se vuelve rural, retorcido, con perros callejeros. Aparecen a la vista exuberantes huertas. Más tarde me enteraría por amigos en Tirana que de estudiantes “voluntarios” fueron obligados a labrar esas colinas u otras similares bajo un veraniego sol de justicia. Armados con nada más que picas y miedo las hicieron florecer. Ahora su belleza no les alegra.

Descamisados niños dando patadas a un balón de fútbol piden “¡Caramelle, caramelle!”. Se me pegan causando un momento de pánico antes de dispersarse. Un hilo de agua bailotea carretera abajo como el hilillo de sudor que baja por mi esternón. Los adoquines están gastados y brillantes como la mantequilla. Tengo que plantar cada pie con mucho cuidado.

¡Tada! La cumbre –dentro de la fortaleza- parece el Olimpo a medio camino entre el cielo y la tierra. Pinos dulces, desparramados. Y más allá, como un paisaje de da Vinci, la vasta extensión de terrazas con viñedos, higos y aceitunas, valles verdes y el serpenteante río.

Una enajenada se posa en una manta de paja como un águila en un nido. Lleva un pañuelo blanco y una falda azul con peto, rodeada por una telaraña de blondas y encajes. Me quedo un rato, observo su ganchillo, hablo un italiano roto, ooh y aah, compro, abrazo, beso. Le digo que tiene la tienda más bonita del mundo.

Las adoquinadas calles de la fortaleza están vacías salvo por un trío de chavales. Les pregunto dónde están las iglesias y se alejan correteando para traer al Guardián de las Llaves.

Me espero un viejo, pero es una ninfa que brinca a mi lado tintineando un manojito de llaves negras. Tiene un halo de rizos salvajes y negras cejas que parece que hubiesen sido descaradamente pintados por un artista con un pincel grueso. Hay algo efímero en ella – el ligero cuerpo, la encantadora risa, o quizás el montañoso nido de águila en el que vive –me hace pensar en Campanilla. No sabría decir su edad -¿veintitantos? ¿treinta y pocos?.

Rajmonda me lleva fuera de las murallas, pasamos por torres de piedra de origen ilirio y vamos por un empinado sendero al flanco de la montaña. Shen Mehill, una iglesia bizantina del siglo XIII está precariamente colgada sobre el mundo. Un cuervo baja en picado. Rajmonda abre la puerta con esfuerzo, descorchando un aroma a incienso viejo y moho. Apunta a los frescos dañados por los estragos de los estudiantes en 1967, cuando Hoxha declaró a Albania oficialmente como un país ateo. Habla de santos y apóstoles, y acerca de un accidente que tuvo en 1997 –una época sin ley- cuando los vándalos vinieron rompiendo todo Berat tras el colapso de los sistemas piramidales e incendiaron la iglesia. Cuando ella se abalanzó a apagar las llamas, el vértigo la catapultó por el flanco rocoso, o algo así entendí. Se pone a hacer una pantomima de este horror con una palpitante alegría, y entonces con toda tranquilidad se levanta las faldas para enseñar la irregular cicatriz rosácea que parte su muslo en dos.

Todos los demás museos e iglesias de la fortaleza están cerrados, bien por renovación o porque es domingo. Así que le digo adiós e intento deslizar algunos arrugados *lekes* en su mano. Oh no, no puedo, canta – y es entonces cuando noto sus hoyuelos por primera vez- Sólo cojo dinero si tu venir mi casa beber café.

Y eso hice.

Cuando Rajmonda abre unas pesadas de puertas arqueadas, me encuentro en un jardín secreto, una fantasía hecha realidad. Todo está recién enjalbegado – adoquines blancos, fuente blanca, blancas latas de hojalata rebosantes de flores de lavanda y tomillo, jaula blanca. Respandecen y brillan con el fuerte sol de la tarde. Nos lavamos las manos en la fuente bajo un oloroso limonero.

Me hace señas hacia unos cegadores escalones blancos, donde dejamos nuestros zapatos y nos agachamos en una entrada baja defendida por un amuleto de ristra de ajos. Me sienta en un duro sofá en un cuarto de estar no mayor que un vestidor y llama a su hermana mayor, ataviada con un vestido de muñecas con narcisos, o quizás es un camisón. Es el doble de Rajmonda de no ser por su semblante más grave. Nos damos la mano muy formalmente. Entonces Rajmunda trae a su tambaleante madre a la habitación y la sienta en una silla. Tomo la mano de la Madre en la mía; su piel tan frágil como alas de mariposa. Las dos jóvenes desaparecen a hacer el café dejándome a solas con la Madre. A pesar de su aspecto frágil se sienta con la espalda recta, su pelo gris recogido en un arreglado moño. Moradas venas sobresalen en sus brazos; un sanguinolento vendaje de gasa envuelve su codo. Cuando sonrío, mira a través de mí con ojos inertes. Quieta como la cumbre de la montaña.

Estudio la habitación. Es como si alguien hubiera girado el reloj hacia atrás, hacia alrededor de 1960. Mesita de café de formica, sillas de vinilo, flores de plástico, teléfono con rueda para marcar, fotografías sepia – todos recuerdan objetos que una vez amueblaron el sencillo hogar de mi abuela. Iconos religiosos cuelgan de una pared. Una incongruente parra cubre las otras tres paredes amenazando con apoderarse de la habitación en un exuberante estallido de vida. Intentando ponerme cómodo en el duro sofá vuelco un santuario a América detrás de mí: Una Estatua de la Libertad de bronce, una Minnie Mouse de plástico, una bola de cristal con nieve de las cataratas del Niágara.

Ahí está el repentino olor a café oscuro y dulce, y Rajmonda se desliza en la habitación con una bandeja con pequeñas tazas. Sorbiendo el brebaje con espesor de melaza, mira tiernamente a su madre y explica que no se encuentra bien desde 1997. Este fue el año en que los rebeldes armados secuestraron Berat y el resto de Albania; el año en que la familia permaneció secuestrada en la fortaleza durante seis meses, temiendo por sus vidas; el año del fuego y la herida de Rajmonda, una crisis que provocó el fatal ataque de su padre horas después; el año en que la tercera hermana los dejó y se fue a Philadelphia. Tengo la sensación de que a Rajmunda también le gustaría cambiar este fuerte medieval por una vida a lo largo de los centros comerciales de Philly.

La Madre está sentada rígida, sin ver, ni siquiera cuando un gato salta a su regazo. Es como si el peso de la tragedia, la pérdida, la pobreza y la anarquía fueran demasiado para un corazón cálido y se le congeló.

Rajmonda alcanza mi taza vacía y mira dentro con ceño fruncido. Encuentra pájaros alados en los posos del café y prevé más viajes para mí. Los anfitriones albaneses leen tu destino con espejos, cerillas, humo, alubias, incluso huesos de pollo –y en mi experiencia es imposible que un invitado tenga una lectura poco propicia.

Me agarra firmemente cuando me levanto para irme.”Aquí nada para mí. Todo el día sentada en mi casa.” No hay amargura en su voz pero sus antiguos ojos ilirios hablan de hambre, de pesar por los granos que se deslizan inexorablemente por el reloj de arena de su vida.

Es comprensible: sus frustradas esperanzas, su ansia por escapar de un pasado angustioso, la interminable igualdad de sus días. Todavía puede uno preguntarse si sería realmente feliz con sus fantasías colmadas. Los placeres aquí son sencillos, el pulso lento. ¿Debo decirle la cruda realidad? ¿Que las presiones de la vida urbana son brutales? ¿Que el dinero aísla? ¿Que el trabajo que hace aquí es noble? ¿Por qué, me pregunto por enésima vez, los humanos somos tan inquietos?

No digo nada.

Tomamos fotos y garabateamos direcciones. La culpa, el sentimiento de dejarla varada, punzan mi pecho. Rajmunda se sumerge en el pozo sin fondo de la generosidad albanesa, sacando una pieza de encaje hecha a mano de una vieja cómoda. Fuera al suave aire del secreto jardín blanco, ahora rosado por un sol poniente, arranca un ramillete de albahaca dulce y me lo da.

“Tú mi hermana,” dice, con la boca temblorosa mientras me acompaña a la verja. Declarar a alguien hermano es una tradición en los Balcanes. Sin embargo al devolverle su estrecho abrazo no puedo evitar sentirme conmovida por lo rápido que se abren los corazones en esta áspera tierra, por la afortunada coincidencia que hace que gentes y culturas conecten inesperadamente

\*Nota del traductor: Sísifo es un personaje de la mitología griega que, como Prometeo, hizo enfadar a los dioses por su extraordinaria astucia y, como castigo, fue condenado a perder la vista y empujar perpetuamente un peñasco gigante montaña arriba hasta la cima, sólo para que volviese a caer rodando hasta el valle, y así indefinidamente.